

Javier Montes

# Varados en Río



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* «Visit Rio», Henry Rivers, © Travel Poster Co.  
www.travelposter.co

*Primera edición: mayo 2016*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Javier Montes, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9814-9

Depósito Legal: B. 6716-2016

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Passeig Sanllehy, 23  
08213 Polinyà

## EL LUGAR, LA IDEA DEL LUGAR

Mundo mundo vasto mundo...

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Olvidamos pronto las ciudades amables. Puede que al final sólo nos acordemos de las que fueron crueles al recibirnos. A mí me pasó con Río. Llegué justo después de una ruptura, tras unos meses desastrosos en el norte de Brasil. Me quedaba algo ahorrado y vivir allá resultaba barato. Europa se lanzaba a sus navidades siniestras y pensé que el sol del verano austral de una ciudad desconocida sería una forma de esquivar la tristeza que se me vendría encima al volver a casa.

No dejó de llover ni un solo minuto de la primera semana, mientras buscaba piso. Era puente y la ciudad se había quedado vacía. Diluvios horizontales barrían la playa desolada, la humedad empañaba los espejos y el cristal de las gafas. El sol ni se adivinaba, y a las cinco de la tarde, de golpe, el día de perros se volvía noche de lobos.

Una de ellas, por pura desesperación, decidí ir solo a una discoteca del centro. Casi no había salido del hotel y empezaba a pensar que la terapia de choque de aquella cura geográfica iba a ser peor que la enfermedad. Nunca he hecho un viaje más largo e instructivo que aquella hora en taxi a través del viento y la lluvia: a la derecha se sucedían las playas de la Orla durante kilómetros, una tras otra; incluso a esa distan-

cia y sobre el ruido del motor se oía el estampido de las olas gigantes contra la arena. A la izquierda, barrios y barrios sin nombre: altos edificios iluminados, pisos donde desconocidos disfrutaban sin saberlo de la felicidad de estar en su casa, en su ciudad, de tener amigos y planes para el día siguiente y no dudar sobre su lugar en el mundo.

Acabé echando mano de la autocompasión, ese último recurso del viajero solitario. El taxi iba dejando atrás el telón majestuoso de la fachada marítima de Río. Sin que yo pudiera nombrarlos ni distinguirlos, como el bucle de una linterna mágica en mi ventanilla, desfilaron Leblón e Ipanema y la punta del Arpoador bajo sus grandes reflectores humeantes, los seis kilómetros de Copacabana y Leme, Botafogo con sus bares y cines llenos de gente, las casitas bajas y misteriosas de la Urca, los portales señoriales de Flamengo y la parte antigua de la ciudad, Glória y Catete y los rascacielos de Cinelândia. Se abrió el desfiladero de rascacielos de pesadilla de la Avenida Rio Branco, y al fondo acechaban los barrios encajados a los morros, Gávea, Cosme Velho y Laranjeiras, Santa Teresa y los millones de luces temblorosas de las favellas de una ciudad que hasta no hace mucho ni siquiera las hacía figurar en sus mapas. Habría querido ver el Corcovado, pero no sabía dónde mirar. Y de todas formas las nubes bajísimas tapaban el cielo: como mucho se distinguía tras ellas un resplandor que más que velar sobre Río pesaba como una amenaza. El centro estaba desierto a aquella hora y lleno de casas en ruinas, surcado por autopistas elevadas y poblado de personajes de película posapocalíptica.

«Dios mío», pensé, absorto en mi papel de astronauta perdido en planeta hostil, «jamás penetraré en esta ciudad implacable. Es demasiado grande, demasiado ajena.»

Siempre he pensado que los viajes en taxi pueden llevar muy lejos. No creo que olvide nunca el mío en aquel coche cuyo destino ya ni recordaba. Debo decir que la terapia fun-

cionó a la larga, y que seguramente empezó a funcionar justo entonces. También debió de ser el momento en que empecé a querer a Río: dándome de bruces con el desconuelo que recubre su belleza. Esa mezcla, esa inhumanidad, probablemente la convierte en la ciudad más humana del mundo.

Acabé viviendo allí dos años. Muchas veces, después, he andado y desandado ese mismo camino: a pie, en bici, en coches propios y ajenos, en taxis que ya no parecían llevar directos al infierno o al limbo. En Río leí a Drummond de Andrade y los versos famosos (deprimentes o vigorizantes según el día, como la ciudad misma): *O primeiro amor passou. / O segundo amor passou. / O terceiro amor passou. / Mas o coração continua.* La ruptura que había provocado el viaje siguió el camino de todas las rupturas, dio paso a otro amor, y luego a otra ruptura: en Río conocí a V. y acabé mudándome a su casa allá. El paisaje de la ciudad se hizo familiar, aprendí a llamar cada barrio por su nombre y a reconocer en cada uno los edificios y las ventanas de amigos, y mis edificios favoritos, que eran también amigos —y hay tantos edificios hermosos en Río, la ciudad con la arquitectura más gozosa del siglo XX.

Aprendí que Río —o al menos su Zona Sur— no es tan grande como aparenta, que detrás de sus fachadas imponentes frente al mar muchos barrios acaban a las dos calles contra la pared de roca o de selva de los morros. El susto metafísico de aquella primera noche se ha vuelto admiración y afecto —y a veces, como sucede con lo que amamos, impaciencia y enfado. Pero nunca desde aquel viaje en taxi he perdido el respeto por la ciudad y por el país entero al que, para bien o para mal, sirve de emblema, de primera carta de presentación y último recuerdo.

No estoy seguro de que la admiración sea el grado más alto del amor, pero sí es lo más peligroso que uno puede sen-

tir por una ciudad o un país. También lo más complicado de explicar a los demás, lo que más difícilmente justificaría un libro como éste. Los gustos de los otros nos interesan más o menos, nos divierten a veces, suelen dejarnos indiferentes. Pero las admiraciones ajenas, si no son compartidas (o peor, si lo son), irritan pronto: nos parecen siempre mal encaminadas.

Y con razón, porque siempre lo están. No hay nada admirable en algo tan vasto, tan variopinto, como una ciudad. Quien explica las razones que justifican la suya no puede dejar de ver al mismo tiempo todas las objeciones posibles, tan ciertas o más que sus motivos. Y ni Río ni ninguna ciudad corresponden nunca a nuestra devoción. Admirar una ciudad es como admirar un animal de la selva, un gran pez en el mar: no se deja coger ni acariciar o se ofrece indiferente a la caricia, que se vuelve sólo roce (porque una caricia lo es sólo si el que la recibe la nota, si la entiende o la desea).

En uno de sus últimos poemas, Elizabeth Bishop recuerda uno de sus viajes por el interior de Brasil, muchos años atrás, y escribe un verso interesante: «Me gustó el lugar; me gustó la idea del lugar.»

Como pocas ciudades en el mundo, Río tiene ese carácter doble: es un lugar y es una idea de lugar. Encarna para muchos, desde hace mucho, una imagen y un deseo, precipita y renueva una fantasía vieja como la Humanidad. Comparte un hueco en el mapamundi imaginario donde figuran Jauja, Shangri-La, Xanadú, Eldorado. El paraíso terrestre, la *cidade maravilhosa* donde reinan la belleza, el sol, la calma y la voluptuosidad de los cuerpos, la alegría de un Carnaval perpetuo.

Los lugares, por supuesto, corrigen siempre sobre la marcha la idea que los acompaña. También le pasa a Río, que fue construyendo la suya entre una y otra guerra mundial, al

tiempo que edificaba Copacabana. Antes del alegre *samba*, codificado en los años treinta, sonaba allá el melancólico *choro*, que significa llanto y heredaba la saudade del fado portugués. Antes de ser una ciudad de música y sol donde según Nelson Rodrigues las semanas eran de siete domingos, Río había sido una metrópoli industrial y lluviosa. Hay que atribuir al genio de los cariocas la capacidad de hacer olvidar, después de sufrirlo o *mientras* se sufre, que tiene uno de los climas más húmedos y algunas de las nubes eternas más desesperantes del mundo, y hay quien atribuye a la lluvia incesante parte de culpa en el suicidio de Stefan Zweig cerca de Río: en invierno y en primavera –yo lo aprendí por las malas– pueden pasar semanas enteras de diluvio.

Lo sabemos todos: Río es *también* una megalópolis de injusticia y de desigualdad clamorosas, de pobreza y violencia coaguladas en unas estructuras sociales perversas mantenidas mediante una represión constante. Detrás del telón verde de la floresta de Tijuca, al otro lado de los barrios burgueses de Ipanema o Leblón, hay kilómetros y kilómetros de barrios y favelas mucho menos resplandecientes cuyo nombre no reconoce todo el mundo a la primera y que ahora el lenguaje bienpensante quiere rebautizar (y desdibujar) como *comunidades*. En realidad desbordan ese telón verde: trepan a los morros y se asoman a las playas donde la juventud dorada carioca pasa sus siete domingos semanales al sol. Desde cualquier tumbona se ven las casas apiñadas que recuerdan que algo no va bien en la postal. Es verdad que en Río la playa ayuda a todos a simular por unas horas, como el Carnaval por unos días, que todo sucede para bien en el mejor de los mundos posibles: que el mar y los cuerpos al sol son signo de un mundo donde no hay racismo ni asesinatos ni tráfico de drogas entre los barrios ultrarricos y las favelas míseras. Una dosis de olvido colectivo que es a la vez tentadora y exasperante y trágica, como tantas cosas brasileñas.